

Historia potencial: pensar a través de la violencia

1. CONDICIONES ARCHIVÍSTICAS

El conocimiento de que las consecuencias mortales del pasado siguen moldeando lo que podemos ver, conocer y pensar –y de que también pueden moldearse o ser afectadas por nuestra imaginación civil– dejó de ser una suposición desde el momento en el que empecé a crear un archivo de los años formativos de la transformación de Palestina en Israel.¹ Empecé a entender muchas condiciones concretas que determinan la investigación del pasado. La identificación de estas condiciones archivísticas –y la reconstrucción de la violencia involucrada en su creación y preservación– me guió en la formación de una nueva capa de apariencia para los elementos que coleccióné en este archivo.²

1. El archivo incluye 214 fotos comentadas, clasificadas en siete áreas. El archivo fue mostrado en Tel Aviv y en Londres y fue publicado en un libro en hebreo y después en inglés; Véase Ariella Azoulay, *From Palestine to Israel: A Photographic Record of Destruction and State Formation, 1947–50* (Londres: Pluto Press, 2011).

2. Inspirado por la discusión de Hannah Arendt sobre el “espacio de la

Interferí con el buen funcionamiento habitual de las condiciones invisibles de lo que uno puede ver en y a través de archivos existentes, y los convertí en elementos en el archivo que creé. La primera de estas condiciones fue la división básica de la historia, como si la historia de los judíos y del Estado de Israel pudiera ser contada de forma separada de la historia de los palestinos; la segunda se relacionó con la adopción de una nueva alternativa al paradigma histórico –la *Nakba*–, lo que permite el reconocimiento de la grave situación pero, en realidad, preserva la escisión fundamental entre la historia judía y la palestina, como si los judíos no estuvieran preocupados o afectados por esta situación; la tercera se relacionó con el estado general de archivos relevantes y la ignorancia común del crimen no investigado de remover los archivos palestinos de ese tiempo, lo que ocasiona que los archivos sionistas de documentos escritos se perciban como suficientes en sí mismos; la cuarta es la flagrante ausencia de huellas visuales como una fuente para la escritura de la historia, y la quinta, la más crucial de todas, es la omnipresencia de categorías moldeadas por el régimen político –refugiados, invasores, colaboracionistas, ciudadanos, extranjeros ilegales/indocumentados y otros– como un prisma a través del cual se discuten los distintos eventos.

Permitanme aclararlo. El tema por discutir no es simplemente una descripción del estado de la cuestión, sino del *malestar civil*. Su forma básica emerge cuando aquellos que fueron entrenados por el régimen para no identificar la existencia de un desastre como tal, empezaron a reconocerlo, pero lo que empiezan a percibir claramente como un desastre continúa sin ser percibido como tal por otros. Este tipo

apariencia” (Hannah Arendt, *The Human Condition* [Nueva York: Double Day, 1959], pp. 178–90) a través del cual la acción aparece, y por la discusión de Michel Foucault sobre la superficie de la emergencia a través de la cual aparecen los objetos. El archivo no fue simplemente de fotografías, sino de eventos de la fotografía. Véase Michel Foucault, *The Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception*, trad. A. M. Sheridan Smith (Nueva York: Vintage, 1975), pp. 131–51.

de adversidad es a lo que llamo un *desastre prefabricado por el régimen*.³ Sus medidas visibles son la expulsión, el despojo y la destrucción relacionada con *otros*. Éstas son infligidas por una población de gobernados –usualmente los ciudadanos, los privilegiados– sobre otra; se hace invisible por sí mismo ante esta población de ciudadanos que son movilizados a tomar parte en él, especialmente porque no es percibido como un desastre; no se perciben como aquellos que infligen semejante desastre o son responsables por su resultado. Este círculo vicioso permite al desastre prefabricado por el régimen durar un largo tiempo, y permite a quienes participan en él no oponer resistencia, porque están condicionados a no reconocerlo. Quienes comienzan a reconocerlo, pueden usualmente hacerlo tan sólo de manera parcial, pues observan en él –en imágenes de él– *lo que se les hacia a “otros”* –los palestinos–. Cuando la mayoría de la población judía israelí no reconoce la expulsión, el despojo y la destrucción infligida sobre los palestinos como un desastre y lo considera como la consecuencia de obras razonables y justificadas, y cuando una pequeñísima minoría reconoce el desastre infligido sobre los palestinos y la población judía no puede reconocer en él el propio desastre de la población judía, la necesidad de reconstruir las condiciones discursivas y archivísticas de un desastre prefabricado por el régimen se vuelve urgente.

Mientras creaba el archivo “De Palestina a Israel” y elaboraba la idea de historia potencial fuera de su concepto principal –violencia constituyente–, mi suposición fue que la catástrofe de 1948 hizo inseparables el destino y la historia de los judíos israelíes y palestinos, y que mientras el desastre de la *victima visible* –el palestino que ha sido expulsado, desposeído y destruido– se preserve oculto, quienes lo infligieron o sus descendientes –los judíos israelíes– no reconocerán su propio desastre. El desastre de convertirse en perpetradores de la *victima visible* ha sido excluido del campo visual.

3. Véase Azoulay, “Regime-Made Disaster: On the Possibility of Nongovernmental Viewing,” en *Sensible Politics: The Visual Culture of Nongovernmental Politics*, ed. Yates McKee and Meg McLagan (Nueva York: Zone Books, 2012).

Tal desgracia no puede ser resuelta por una interpretación nueva y diferente de uno u otro capítulo de la historia. Es el tipo de desgracia que está conectada con la posibilidad de saber, ver, aprender y, por lo tanto, vivir, experimentar e imaginar. Al respecto hay condiciones de régimen nacidas en la violencia constituyente ejercida a finales de 1940, que imponían demarcaciones que fueron grabadas en la conciencia de ciudadanos israelíes y en los archivos como si fueran hechos históricos; desde entonces, la gente gobernada por el mismo régimen se ha sentido destinada a conservarlos y a replicarlos. La violencia constituyente, como escribió Walter Benjamin, necesita leyes preservadoras de la violencia para poder persistir.⁴

Así, me gustaría proponer que aun sin ciudadanos israelíes ejerciendo violencia como soldados reclutados, su mera ciudadanía –negada a los palestinos que comparten la misma tierra– reitera y mantiene la violencia constituyente. Esta violencia despojó a los palestinos de su país y les negó la posibilidad de convertirse en ciudadanos. Cualquier investigación histórica que describa las relaciones entre israelíes y palestinos desde 1948 como las relaciones entre dos entidades nacionales coherentes, necesariamente preserva la violencia del régimen porque confía en la misma división básica entre israelíes y palestinos, victimarios y víctimas, hacedores y espectadores, intenciones y obras, lo que es visto y aquello que es invisible, como si fueran distinciones extraídas directamente de los datos sensibles y no el resultado de la violencia constituyente cuya ley debe ser suspendida.

En su lectura de Aristóteles, Giorgio Agamben insiste en el “potencial de no hacer, potencial de no llegar a su actualización”.⁵ De ahí que su siguiente afirmación podría servir de inspiración para aquellos que escriben historias sobre desastres: “ser libre no es simplemente tener el poder

4. Véase Walter Benjamin, “Critique of Violence”, trad. Edmund Jephcott, en *Selected Writings*, trad. Rodney Livingstone *et al.*, ed. Marcus Bullock *et al.*, 4 vols. (Cambridge, Mass.: Belknap Press, 1996–2003), 1:236–52.

5. Giorgio Agamben, *Potentialities: Collected Essays in Philosophy*, trad. y ed. Daniel Heller-Roazen (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1999), p. 180.

de hacer tal o cual cosa. [...] Ser libre es [...] *ser capaz de la imposibilidad de uno mismo*, estar en relación con la privación de uno mismo”.⁶ Para la historia potencial que aquí sugiero, esta inversión debe llevarse más allá. En un desastre prefabricado por el régimen, uno debe aspirar a un cambio completo de las condiciones archivísticas para que el potencial de expulsión sea estudiado no simplemente en relación con la *no expulsión*, sino con otros modos y formas de vida. Fuera de estas alternativas, la perpetuación de la expulsión –encarnada en los refugiados– aparece en cualquier momento como una alternativa que ha sido creada para reiterar y preservar la violencia constituyente. Mi esfuerzo por reconstruir la violencia constituyente a través de aquel archivo es en realidad un esfuerzo por acercarme al punto cero discursivo o archivístico desde el que uno pueda comenzar a observar aquello que no podría haber sido visto mientras el discurso y los archivos formaran parte de aquel mismo desastre prefabricado por el régimen. Tales eran otros tipos de relaciones entre palestinos y judíos, rastros de lo que puede ser reconstruido del archivo aun si éstos se han vuelto ilegibles, intangibles e invisibles por años, enterrados bajo las categorías existentes.

El archivo que creé me permitió hacer que los momentos históricos reaparecieran en coyunturas en las que otras opciones podrían haber sido escogidas, no reiteradas o alteradas una vez que sus efectos desastrosos se volvieran obvios. Cuando opciones no violentas para compartir la vida fueron eliminadas constantemente, el simple hecho de que hubieran existido con anterioridad se volvió inconcebible. El esfuerzo de hacerlas visibles fue necesario con todas y cada una de las fotos. Así, por ejemplo, una imagen de Lubya –que muestra palestinos cargando una bandera blanca, un claro signo de no violencia, y que se dirigen hacia soldados israelíes, con las casas todavía de pie al fondo– muestra una opción que sabemos que fue rechazada porque sabemos que la aldea completa fue destruida y que a sus residentes no se les permitió regresar (fig. 1). Tan pronto como cualquier Estado comien-

6. *Ibid.*, p. 183.



Figura 1. Lubya (probablemente junio de 1948). Archivo Golani. La fotografía parece haberse tomado algunas horas después de las banderas blancas –que aún son visibles– proclamaran la rendición del poblado.

za a aparecer como el resultado de uno entre otros caminos posibles no tomados o activamente rechazados, uno puede comenzar a restaurar las otras opciones posibles y a entender cómo el simple hecho de su existencia fue removido como resultado de la violencia ejercida para poder hacer inamovible la elección inicial. Por lo tanto, por ejemplo, desde el día en que el Estado de Israel fue fundado sobre la base de la expulsión de la mayoría de los palestinos que habían vivido antes en el país –750 000 personas– la violencia solamente fue comprendida en un único contexto: *nosotros y ellos, judíos y árabes*. Desde entonces, cualquier solución propuesta ha sido discutida como un remedio que de antemano asume la existencia del Estado de Israel en Palestina. Los palestinos han estado condenados a partir de ese momento a aparecer desde el exterior y a representar los papeles que se les asignaron forzosamente: refugiados, expulsados, invasores, enemigos, una amenaza, terroristas o sospechosos.

En tales condiciones, la escritura de la historia requiere serias consideraciones sobre la cuestión de cómo rehabilitar

un espacio fenoménico en apariencia tan sobredeterminado por la violencia del régimen político. En otras palabras, en estas condiciones la cuestión es cómo escribir una historia que no tome parte en la perpetuación de la violencia constituyente, una historia que no es meramente su reiteración.

Para tal historia no es suficiente criticar la situación existente. Debe reconstruir las posibilidades de lo que ha sido violentamente borrado y silenciado para poder hacerlo presente de nuevo en un momento determinado. Mi esfuerzo es reconstruir lo que constituye el momento de decisión para que cualquier investigador, escritor, espectador o lector pueda estar situado como si, de hecho, estuviera participando de la violencia constituyente en ese momento y con el tiempo pudiera afectar aquél momento cuando la elección entre las opciones estuviera siendo tomada. En regímenes democráticos, el papel de la ley preservadora de la violencia que Benjamin asoció con la policía debe ser asociado con los ciudadanos que niegan la violencia constituyente y su participación en preservarla.⁷ Así, tan pronto como los judíos se convirtieron en ciudadanos del Estado de Israel en mayo de 1948, su ciudadanía, una vez impuesta inicialmente, se convirtió en una de las armas más ligeras usadas por el Estado para reproducir la mayoría de los regímenes políticos desafiados. Desde que la ciudadanía se convirtió en una herramienta dominante del Estado de Israel, el mundo anterior en el que la gente vivió, ya no parecía el mismo. Un tiempo anterior que llegó a ser casi imposible de imaginar y mucho menos de reconstruir.

En un filme que dirigí en 2013, *Civil Alliance: Palestine, 47-48*,⁸ reuní no menos de 100 alianzas civiles locales

7. En la policía, escribe Benjamin, “la separación de la ley hacedora y preservadora de la violencia es suspendida. Si la primera se requiere para probar su valor en la victoria, la segunda está sujeta a la restricción de lo que no pueda plantear nuevos fines. La violencia policiaca está emancipada de ambas condiciones” (Benjamin, “Critique of Violence”, p. 243).

8. Véase Azoulay, *Civil Alliance: Palestine, 47-48*, www.youtube.com/watch?v=lqi4X_ptwWw

que los judíos y los árabes trataron de llevar a cabo desde principios de 1947 hasta el cierre de la declaración del Estado de Israel en mayo de 1948. Los documentos en los que confié habían permanecido inactivos en archivos estatales, accesibles y abiertos durante un largo tiempo. Sin embargo, los resultados de la violencia constituyente condenaron a la mayoría de su contenido a ser una crónica de la colaboración, la *co-laboración* que la hizo lamentable. La violencia constituyente impuso tanto sobre palestinos como judíos una separación nacional étnica, y luego enmarcó a aquellos que diferían de su lado asignado y los marcó como traidores y colaboracionistas. La mera acción conjunta con individuos del otro bando fue considerada como traicionera, y quien quiera que se rehusara a ser diferenciado de otros sobre una base nacional, estaba condenado a ser declarado como un enemigo colaboracionista.⁹ Por lo tanto, los palestinos que cooperaron con los judíos –para poder evitar la violencia que los belicistas en ambos lados intentaron iniciar después de la resolución de partición de la ONU (noviembre de 1947)– se convirtieron en colaboradores. Así, era posible crear retroactivamente evidencia de la inferioridad palestina: un pueblo desdeñable que carecía de sentimientos, conciencia y deber nacional, y que posiblemente no podía ser de confianza.¹⁰ El filme que documenta estas alianzas civiles es un esfuerzo por regresar al punto cero, antes de que el mundo compartido entre los árabes y los judíos

9. El importante libro de Hillel Cohen, *Army of Shadows: Palestinian Collaboration with Zionism, 1917–1948*, trad. Haim Watzman (Berkeley: University of California Press, 2008), muestra la complejidad de esta categoría en las distintas décadas anteriores a la fundación del Estado. Alrededor del tiempo de la rebelión árabe, la categoría de colaborador se convirtió en un arma mortal en las manos del liderazgo nacional palestino, y muchos fueron ejecutados. Sin embargo, Cohen muestra a qué grado la generalización del uso de esta categoría impulsó a más y más palestinos a no detener su poder mortal y a continuar cooperando con los judíos. Así, fascinanteamente, la historiografía más rica de este lugar es la que documenta a estos *colaboradores*.

10. Véase *Ibid.*, así como en el noveno capítulo de mi libro *The Civil Contract of Photography* (Brooklyn: Zone Books, N.Y., 2009).

fuera reducido a la mitad casi de manera irremediable. Usé mi archivo y el nuevo conocimiento que produjo para evitar la lectura teleológica de la colaboración, y en cambio, hacer que la historia apareciera como lo que pudo haber sido antes de que los judíos y los árabes fueran condenados a la mutua enemistad.¹¹ La película propone leer esos documentos como complicados y determinados rastros de esfuerzos de árabes y judíos por salvar sus vidas compartidas.

Un nuevo entendimiento de la ciudadanía y de la fotografía me sirvió en la construcción de este archivo, sin el cual posiblemente yo también hubiera respondido como lo hizo una versada de mi trabajo cuando escuchó acerca del filme el día anterior a su primera proyección en Tel Aviv:

Anónimo: ¿Acaso esta gente [quienes lograron estas alianzas civiles] representan a alguien?

Ariella Azoulay: Sí, a ellas mismas, a su comunidad.

Anon.: De acuerdo... ¿Fueron estos acuerdos acerca de la compra de la tierra?

AA: No, éstas fueron alianzas civiles acerca de sus vidas.

Anon.: ¿¡Qué!? ¿Fueron sobre a quién se le permitía vivir en dónde, que aquí los judíos podrían vivir y allá tal vez no?

AA: No, vivieron frecuentemente como vecinos cercanos. Ése no era el punto.

Anon.: Entonces, ¿qué era lo que les interesaba?

AA: Preservar su vida.

Anon.: *[En silencio, sorpresa y asombro]* Está bien, sólo sirve para mostrar qué tan fácil es hacer que la gente odie a otros.

AA: No es tan fácil. Mucha violencia, expulsión, masacre y vandalismo se invirtieron en esto durante muchos

11. Y mostró, subsecuentemente, las relaciones entre ciudadanos y medios ciudadanos, y las relaciones entre ciudadanos y sujetos no ciudadanos desde 1967.

meses, todos los días, y aun así no todo el mundo estaba convencido.

Anon.: *[Apenada]* Ok, yo no sabía...

AA: Naturalmente, no podrías haberlo sabido. Se escondió mucho mejor que las masacres.

Anon.: ¿Cuántos acuerdos como éste hubo?

AA: El filme reporta alrededor de 100, pero los seleccioné de entre muchos otros.

Anónima: *[Sorprendida]* ¡¿Qué?!¹²

2. FOTOGRAFÍA Y CIUDADANÍA

Una y otra vez, la perspectiva de *conflicto nacional* inspiró a uno a *buscar la moneda justo debajo del farol*. Una y otra vez incluso impidió ver la moneda cuando yacía debajo del farol ahí mismo en el pavimento –e incluso de ver al mismísimo farol resplandeciendo–. A esta moneda metafórica la llamaré *fotografía*, y al farol, *ciudadanía*.¹³ Presentaré a ambas brevemente como objetos de investigación y como herramientas de trabajo, y mostraré qué tan útiles podrían ser en la búsqueda de potencialidades en la historia.

Miles de fotografías guardadas en archivos sionistas han permanecido intactas durante décadas. Los historiadores han esperado años a que los archivos se abran y a que documentos confidenciales sean expuestos, ignorando al mismo tiempo fotografías que constituyen documentos históricos invaluables. La mayoría de los historiadores simplemente no perciben estas fotografías como confiables o informativas. De hecho, las fotografías no son objetos sencillos de investigación. No hablan por sí mismas y usualmente se archivan sin cuidado, respaldadas por una capa de información extremadamente delgada que no provee información de su producción exacta. No obstante, la negligencia frecuentemente involucrada en la manera en que las fotografías son mane-

12. Conversación entre Azoulay y un versado anónimo. Mayo de 2012.

13. La pregunta de por qué han permanecido invisibles la dejo para otro momento.

jadas en los archivos, no puede excusar al historiador de su desconocimiento. ¿Concebiríamos, hoy en día, dejar pasar remanentes de cultura material, tales como trozos de cerámica, herramientas de piedra o monedas porque han llegado hasta nosotros sin la identificación apropiada? ¿Estaríamos de acuerdo en renunciar al enorme cuerpo de conocimiento acerca del pasado que provee la arqueología sólo porque los arqueólogos producen este conocimiento a partir de trozos de cerámica y montones de piedras, con escasa ayuda de documentos escritos?

Permitanme reiterar aquí algunas demandas básicas extraídas de mis estudios sobre la fotografía.¹⁴ Ésta sucede en y a través de un encuentro entre personas, ninguna de las cuales puede alguna vez dictar por sí sola lo que será documentado en la imagen y lo que permanecerá oculto. La fotografía es evidencia de un evento –la toma de la fotografía, el evento de la misma– que la imagen fotográfica no podría agotar por sí sola. Este evento es una invitación para otro: la observación de la fotografía, su lectura, y formar parte de la producción de su significado. La fotografía no puede determinar los límites de este evento. Lo que muestra excede lo que los participantes del evento de la fotografía trataron de inscribir en él. Más todavía, su intento por determinar y moldear lo que será visto en el encuadre y las relaciones de poder entre los participantes, deja rastros que le permiten a uno reconstruir la complejidad del evento fotográfico. Ignorar estos miles de documentos fotográficos históricos contribuye en gran medida a la omnipresencia de la percepción de que el conflicto nacional es tan inevitable como una realidad de la naturaleza y de la reconstrucción teleológica de su desarrollo histórico.

La segunda herramienta que utilizo al crear historia potencial es la ciudadanía, comúnmente malinterpretada como una situación jurídica otorgada por el Estado soberano a algunos de sus sujetos gobernados.¹⁵ Este entendimien-

14. Véase Azoulay, *The Civil Contract of Photography y Civil Imagination: A Political Ontology of Photography* (Londres: Verso, 2012).

15. Inspirada hace muchos años por la insistencia de Etienne Balibar en el

to es compartido por el poder gobernante y por la mayoría de los investigadores, y lleva a la categorización anacrónica de las personas fotografiadas como *ciudadanos* o *no ciudadanos*, según su situación jurídica. De este modo, el espectador participa en determinar la situación de las personas fotografiadas de acuerdo con lo que parece una simple denotación –éste es un refugiado o éste es un trabajador ilegal–. En un intento por distanciarme de los puntos de vista del poder y estudiar la ciudadanía desde la perspectiva de su condición, no de sus efectos contingentes, he propuesto pensar la ciudadanía como una forma de convivir, de compartir el mundo con otros. Esto es particularmente cierto para el tiempo y lugar que aquí me conciernen, cuando el significado, los límites y la distribución de la ciudadanía estaban en grave riesgo. Por lo tanto, uno debe suspender el uso de categorías conceptuales fosilizadas que organizan *a priori* aquello que es visto como si ya hubiera sido determinado dentro del marco de un conflicto nacional. Uno está invitado a reconstruir las formaciones y deformaciones del estar juntos de todos los que participan en el evento de la fotografía. Al igual que la fotografía, la ciudadanía me sirve al mismo tiempo como objeto de estudio y como herramienta de investigación. Me permite mantener distancia de la perspectiva dominante y convertirla en uno de los objetos de mi trabajo.

Equipada con estas dos herramientas, procedí a observar fotografías guardadas en varios archivos procedentes de aquellos cuatro años formativos. Estos documentos fotográficos me permitieron plantear nuevas preguntas para desafiar el uso evidente de nociones políticas que se han vuelto muy comunes en las discusiones que reproducen aquellos conceptos en lugar de enriquecer las fotografías. La idea principal que colapsó mientras comenzaba a observar fotografías de dicho periodo era la de la guerra.¹⁶ La adopción no pro-

aspecto insurreccional de la ciudadanía, desarrollé mi propia conceptualización de las potencialidades de la ciudadanía y reconstruí/imaginé una comunidad en donde es practicada: la ciudadanía de la fotografía.

16. Véase Azoulay, “Declaring the State of Israel: Declaring a State of War”,

blemática del término *guerra* y del concepto correspondiente del paso de la guerra a un Estado en el ápice del *conflicto Israel-Palestina* elimina la compleja variedad de intercambio e interacción entre judíos y árabes. La adopción de ese término reemplaza tal complejidad por una historia más conocida de aquel periodo –la partición, la separación y el aparentemente inevitable *conflicto nacional*–. La historiografía del periodo continúa describiendo la serie de eventos que ocurrieron en Palestina al final de la década de 1940 como la transición de una guerra a un Estado. Por lo tanto, el ejercicio sistemático de la violencia para crear una clara mayoría judía que correspondiera y justificara la formación de un Estado judío y de la judaización de los órganos de Estado, es todavía conceptualizado como parte de una guerra inevitable entre dos naciones, y no como violencia ejercida contra los muchos que insistían en continuar con sus vidas sin necesariamente tomar partido en el *conflicto nacional* que fue impuesto como la única descripción respetada de la realidad.

La adopción incuestionable de terminología militar, *batallas* y *operaciones*, por ejemplo, pasa por alto el amplio rango de papeles que el ejército jugó al administrar a civiles y al violar miles de alianzas civiles, tales como aquéllas que reporté en mi película. La población civil de ninguna manera puede ser clasificada e identificada como uno de los bandos combatientes en una guerra, y las políticas violentas que buscan transformar la realidad político-demográfica para poder establecer un nuevo régimen en Palestina no pueden ser descritas como una guerra en contra de otro ejército. A partir de las fotos que incluí, uno puede reconstruir la organización sistemática de una expulsión y las fases sucesivas de su finalización. La elección de la población –separando a los viejos de los jóvenes y a los hombres de las mujeres y los niños– se repite en fotos de diferentes localidades (figs. 2-3). A partir de las fotos uno también puede saber que en distintos lugares el ejército suministraba los autobuses –están marcados con el símbolo del ejército– y que se aseguraban de que lle-



Figura 2. *El camino desde al-Ramle y al-Lid* (julio de 1948), en el álbum de Yitzhak Sadeh No 1. Cortesía de Yoram Sadeh. Palmach photographic collection.



Figura 3. Beno Rotherberg. *Deportación de las mujeres de al-Tantura* (18 de junio de 1948). Israel State Archive.



Figura 4. Fred Chesnik, *Policía militar judía escolta mujer árabe de edad avanzada que volvió a recoger sus pertenencias* (1 de abril de 1948, Haifa). Jewish National Fund Archive.



Figura 5. *Ijlil* (1949). Israel Defense Force and Defense Archive.

HISTORIA POTENCIAL



Figura 6. Edgar Hirschbein, *Toque de queda* (1 de octubre de 1948),
Jerusalem, Jewish National Fund Archive.



Figura 7. *Operación Beser, Tel Aviv* (Agosto de 1948).
Israel Defense Force and Defense Archive.

garan a la frontera recién establecida. En una fotografía de Haifa, los soldados pueden ser vistos acompañando a individuos para asegurarse de que han llegado al puerto (fig. 4). En Ijlil o en Atlit, el ejército funcionó como un contratista de la construcción, encarcelando palestinos y explotando su trabajo (fig. 5). Las nuevas y variadas formas de violencia ejercidas por el ejército del régimen recientemente establecido deben ser consideradas y sopesadas con las batallas dispersas y los choques violentos entre fuerzas armadas antes de llamarle *guerra* al periodo de noviembre de 1947 a marzo de 1949.

A partir de las fotografías, uno puede reconstruir los esfuerzos del régimen para quebrantar la posibilidad de una vida civil compartida entre judíos y árabes, la ciudadanía entera de la tierra. Este destructivo esfuerzo fue parte de un sistema completo de gobernabilidad militar, que gestionaba a la población civil de palestinos, ciertamente, pero a los judíos también, con lógica militar. La simbiosis entre lógica militar y orden civil ha caracterizado al régimen israelí desde su creación y no puede restringirse al sector palestino. La libertad de circulación se negó a los palestinos, pero también se controló y administró a los israelíes. El epígrafe de una foto tomada en Jerusalén la describe como un toque de queda, cuando lo que de hecho vemos es a una mujer perdida, buscando respuestas; y mientras la ciudad está bajo toque de queda, aborda al soldado que controla el espacio público y que supuestamente la provee de seguridad (fig. 6). La transformación del espacio público en uno dominado por la lógica militar no sucedió un día de repente. El primer día de reclutamiento para las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) no fue un éxito real y fue, entonces, seguido por una enorme operación con el nombre clave de Beser, en la cual 3 200 soldados registraron cuidadosamente Tel Aviv con perros, y fueron de casa en casa para ahuyentar a los que ya eran denominados *evasores* (*mishtamtim*) (fig. 7).¹⁷ Una cuidadosa lectura

17. Al reconstruir el itinerario de la operación Beser, Tomer Gardi contó un soldado estacionado cada 14 metros del norte al sur de Tel Aviv; Véase To-



Figura 8. *Ghetto de Ajami* (1949). Cortesía de Jaffa Arab Committee.

de estas fotografías –no limitada a lo que ésta supuestamente trata– muestra que la presencia militar siempre significa el fin de la vida civil tanto para los judíos como para los árabes. Los ciudadanos rápidamente aceptaron y adoptaron las restricciones que el ejército impuso sobre el espacio público y sus límites designados. Esto puede ser ilustrado, por ejemplo, con una foto del *ghetto* de Jaffa que indica que mientras que los palestinos estaban siendo entrenados para convertirse en presos en el espacio público, los judíos del otro lado de la calle fueron entrenados para vivir en la presencia de gente encerrada en un *ghetto* sólo porque eran árabes (fig. 8).

Mientras miraba con mayor profundidad las fotografías de ese periodo, se hizo cada vez menos plausible el uso de la guerra como la categoría de organización general de la situación fotografiada. El término mismo ha aparecido gradualmente como un efecto del poder del régimen de imponer su

mer Gardi, *Stone, Paper* (Tel Aviv: HaKibbutz HaMeuchad Publishing House, 2011).



Figura 9. Al-Nasirah (17 de julio de 1948). Associated Press.

lógica unificadora de enemistad nacional sobre relaciones de intercambio complejas en distintos niveles: comercio, trabajo, sindicalización, asociación, comunidad y amistad. Pero la *Nakba*, también, como ya he dicho, es historiográficamente insuficiente y no puede enmarcar la lectura de estas imágenes de violencia. Presume y reproduce la ruptura entre las dos poblaciones y preserva la catástrofe de 1948 como un objeto para la historia y la preocupación palestina, como si los judíos israelíes pudieran continuar con sus vidas sin tener en cuenta estos dramáticos eventos en su propia historia. El marco de la *Nakba* sitúa a los judíos en un lado y a todos los palestinos en el otro, ignorando el papel de la *Nakba* en la creación de la ruptura nacional así como sus efectos destructivos dentro de la población judía.

Al observar a los protagonistas representados en las fotos como bandos opuestos en un conflicto, uno ignora dos cosas importantes. Primero, esta perspectiva no logra dar cuenta de la considerable historia de la resistencia civil a la violencia de la guerra por toda Palestina hasta el último

momento de la década de los 40. Segundo, uno ignora la fuerza que requirió silenciar los intentos entre los judíos de reconocer y condenar, o al menos problematizar, la violencia explícita de la expulsión y de la destrucción que las fotografías muestran. La división entre árabes y judíos como gobernantes y gobernados no sucedió de repente. Miren esta foto de Al-Nasirah (fig. 9). La ciudad había sido capturada el día anterior a que la foto fuera tomada. Mujeres, niños y ancianos permanecieron en sus hogares bajo toque de queda. El anciano palestino parece dudar. Permanece de pie, incómodo en su traje, mientras las dos mujeres palestinas hacen ademanes abierta y vigorosamente al soldado. Le dicen que no entienden el toque de queda. Están reclamando sin temor sus derechos civiles. A pesar de estar armado, tampoco el soldado reacciona como alguien que sabe claramente cómo responder. De otra manera, los palestinos ya hubieran sido obligados a regresar a sus hogares, dejando al soldado por su cuenta para dominar el espacio público. La mujer y los soldados están aprendiendo sus nuevas posiciones, papeles y funciones.

Gradualmente, con la ayuda de la fotografía y la ciudadanía como mis herramientas, se volvió claro que la expulsión, la destrucción y el despojo que estamos observando afecta a la población entera, víctimas y victimarios por igual, así como generaciones posteriores de espectadores. Tomando estas dos observaciones en cuenta, se vuelve más claro que lo que estamos confrontando cuando observamos fotografías de este periodo es un desastre prefabricado por el régimen.¹⁸ Una de las características principales de este desastre es que se ha hecho casi imposible reconocer el desastre como tal –ni en lo que ha acontecido sobre los demás

18. La mayoría de las fotografías que he mostrado eran previamente desconocidas, pero muestras de ellas siempre han estado disponibles. No estaban secretamente guardadas por los sionistas o por los archivos estatales, ni tampoco contienen revelaciones. Los actos de expulsión –despoblar las ciudades y las aldeas, adueñarse de las propiedades árabes o transformar los espacios públicos en *ghettos* segregados– no eran desconocidos entonces.

ni en lo que se ha acontecido a uno mismo una vez que uno se convierte en un perpetrador.

Cuando un desastre prefabricado por el régimen está en juego, podemos ver que la transformación forzada de la mayoría de los palestinos en *refugiados* –aquellos que sólo pueden ser comprendidos como el otro bando– genera la inversa: la transformación en victimarios de aquellos ciudadanos que transformaron a los palestinos en los no gobernados del nuevo régimen soberano.

Al considerar el destino de la población entera –judíos y árabes por igual–, la expulsión, el despojo y la destrucción ya no pueden narrarse exclusivamente como una catástrofe palestina. La fuerza militar fue necesaria para sobreponerse a la oposición de la mayoría de los habitantes de la tierra y para llevar a cabo el horripilante plan de partición basado en la brutal expulsión y en la prevención del retorno. Para poder producir tal fuerza militar, la población civil judía tuvo que ser reclutada y sometida. El poder de la guerra como una amenaza existencial tuvo que ser impuesto sobre la población; la línea divisoria entre judíos y árabes tuvo que constituirse como absoluta. Esta línea divisoria fue el medio por el cual el desastre que se impuso directamente sobre los palestinos fue transformado en una no catástrofe a los ojos de los ciudadanos judíos, en lo que he descrito como una catástrofe desde su punto de vista –*su*, claro, refiere a los palestinos–. La distinción entre ciudadanos israelíes que ven el desastre palestino como una catástrofe real, en todo sentido, y aquellos que lo ven como una catástrofe desde su punto de vista, o quienes no lo ven como una catástrofe en absoluto, coincide en gran medida, aunque no del todo, con la división entre árabes y judíos. Había entre los judíos algunos individuos y grupos que inmediatamente se dieron cuenta de que lo que les había sucedido a los palestinos *fue en realidad una catástrofe* y que les había sucedido a ellos también, pero debían realizar un esfuerzo especial para articular y comunicar este entendimiento, luchando por “cepillar la historia a contrapelo”.¹⁹

19. Benjamin, “On the Concept of History,” trad. Harry Zohn, en *Selected*

3. POTENCIAR LA HISTORIA

El archivo que creé me ha permitido reconstruir la ciudadanía usada como una herramienta de opresión del régimen –una que diferencia de manera decisiva a las distintas partes de la población gobernada– mientras sigue insistiendo en el potencial de la ciudadanía como asociación, como cooperación. Entonces, la historia potencial es al mismo tiempo un esfuerzo por crear nuevas condiciones tanto para la apariencia de las cosas como para nuestra apariencia como narradores, como quienes pueden –en un momento determinado– intervenir en el orden de las cosas que la violencia constituyente ha creado como su orden natural. Llamo a esta estrategia *historia que expone el pasado potencial y el potencial creado por esta revelación*.

En este caso, *potencial* tiene un doble significado. Por un lado, significa la reconstrucción de las posibilidades, las prácticas y los sueños no realizados que motivaron y dirigieron las acciones de distintos actores en el pasado. Éstos no fueron completamente realizados sino, más bien, interrumpidos por la formación de un régimen soberano que produjo un cuerpo político diferenciado y conflictivo. Por otro lado, significa la transformación del pasado en un evento interminable, en lo que Benjamin ha llamado *historia incompleta*, en la que nuestras obras del presente nos permiten leer los logros del pasado constituidos violentamente de formas que historicen el poder soberano del pasado y lo hagan potencialmente reversible.

En régimes diferenciados donde los ciudadanos son gobernados junto a no ciudadanos, la historia potencial es ante todo historia no moldeada en la perspectiva del discurso gobernante: es nacionalidad soberana.

La historia potencial insiste en restaurar, en el orden de las cosas, la polifonía de las relaciones civiles y las formas de convivir que existieron en algún momento de la historia

Writings, trad. Rodney Livingstone *et al.*, ed. Marcus Bullock *et al.*, 4 vols. (Cambridge, Mass.: Belknap Press, 1996–2003), 4:392.

sin quedar conformadas, ni agotadas, por la división nacional.

La historia potencial es un intento por desarrollar un nuevo modelo para la escritura de la historia, usando fotografías y a la ciudadanía para liberarme de la pinza de la soberanía y de la perspectiva del conflicto nacional, y para extraer del pasado sus posibilidades no realizadas como una condición necesaria para imaginar un futuro diferente.

La perspectiva del conflicto nacional presupone que existen dos partidos separados y entierra la pregunta sobre si los judíos y los árabes existieron alguna vez como dos partes verdaderamente separadas, hostiles y homogéneas antes de la guerra en 1948. ¿Cuál era el papel de la violencia ejercida por los movimientos nacionalistas al crear esta separación y al fundar la identidad nacional sobre ésta? ¿Cuál era el papel de este silogismo circular por el que cualquier momento de desacuerdo o violencia fue –y sigue siendo– representado como prueba última de la *inevitabilidad* de la separación, precisamente inevitable porque es presentada como una solución a un problema *inevitable* cuya formulación presupone el fin de la solución –*conflicto nacional*–? Para poder formular seriamente estas preguntas, uno debe esforzarse por romper el marco de estas dos mentalidades y ver más allá del horizonte que fijan. La primera forma de pensar proviene de la ideología sionista hegemónica; la segunda –y tal vez menos esperada– proviene de la corriente principal del pensamiento político occidental, que ha santificado la autodeterminación nacional y la soberanía desde las revoluciones del siglo XVIII.²⁰ Acercarse a las historias de Israel/Palestina en la úl-

20. En la última parte de la década de los 80, los *nuevos historiadores* en Israel comenzaron a desafiar el paradigma sionista de investigar en el territorio de la historia judía en general y del sionismo y de la historia de Israel en particular. Unos años más tarde, Zachary Lockman identificó el modelo de la “sociedad dual” como la principal falla de la historiografía del “conflicto” israelí-palestino. Esta “historiografía”, escribió, “dificilmente cuestionó la representación de dos comunidades como autoevidentes entidades coherentes muy poco influenciadas por la otra.” En respuesta a esta falla en la que dos comunidades nacionales fueron cosificadas y radicalmente separadas al mismo tiempo, Lockman propuso “la historia relacional”, que es la historia de las relaciones, no de las esencias, que

tima parte de la década de los 40 y principios de los 50 a través del concepto de la historia potencial inspirado por la incompletud del pasado como Benjamin sugirió, argumentaré, que lo que estamos enfrentando no es la inevitabilidad de un conflicto nacional, sino la inevitabilidad de la coexistencia mientras una población mixta comparte el mismo territorio.

cambia de “las dinámicas internas de una sola comunidad (como el paradigma de la sociedad dual manda) al dominio de la interacción árabe-judía” (Zachary Lockman, “Railway Workers and Relational History: Arabs and Jews in British-Ruled Palestine”, *Comparative Studies in Society and History* 35 [Julio 1993]: 604, 606).

La búsqueda de una imagen más rica y compleja de las relaciones entre los judíos y los árabes ya formaba parte del discurso de los nuevos historiadores y de un esfuerzo innovador en su interior. Por un lado, la apertura de los archivos permitió que los nuevos historiadores iniciaran la reconstrucción de la *Nakba* como un asunto judío-palestino especial que merece una mirada fresca; por otro lado, utilizando a menudo documentos que habían estado disponibles durante mucho tiempo, comenzaron a deconstruir el doble paradigma de la historiografía sobre las líneas propuestas por Lockman. En su propio trabajo, Lockman se concentró en las relaciones laborales; Nahum Karlinski estudió las relaciones entre dueños y trabajadores judíos y palestinos en la industria de los naranjos; Deborah Bernstein estudió a la vida urbana en Tel Aviv, Jaffa y Haifa bajo el mandato británico, y Cohen examinó a la colaboración palestina con Hagana y los futuros agentes de seguridad del Estado. Estas historias no muestran necesariamente formas ideales de coexistencia, y algunas de las formas de relaciones que reconstruyen son incluso explícitamente abusivas y explotadoras.

Por muy sorprendente que el trabajo histórico pueda ser, todavía está atrapado entre la perspectiva dualista-nacionalista. Para concluir su extenso artículo sobre los trabajadores de Haifa, Lockman escribe: “existen estudiosos del conflicto sionista-palestino que han señalado instancias de cooperación entre judíos y árabes en la Palestina mandataria... como evidencia de que el conflicto no necesitaba haber tomado el curso que tomó... la historia del periodo de mandato, por tanto, se convierte en una historia de las oportunidades perdidas”. Él no quiere ser considerado entre estos estudiosos del conflicto. Por ello añade, como para reasegurar a sus lectores de que lo implícito en su investigación no es lo que intenta decir: “No estoy realizando ese argumento aquí. Por el contrario, los movimientos nacionalistas sionistas y palestinos claramente buscaban objetivos irreconciliables y estaban en un camino de choque desde el principio” (*Ibid.*, p. 624). Al momento del cierre de este ensayo, el marco nacionalista es reintroducido y presentado como inevitable, como para presentar su versión de la historia relacional en una envoltura aceptable.



Figura 10. *Hospital de Haifa, fines de los 40, personal médico.* The British Empire and Commonwealth Museum.



Figura 11. *Margo y amigos.* The British Empire and Commonwealth Museum.



Figura 12. Lazar Dinner, Ofakim, una nueva localidad en el Negev, los vecinos árabes ayudan a construir el lugar (11 de noviembre de 1947). Jewish National Fund Archive.

Las fotos pueden darnos un vistazo a la ineludible coexistencia entre árabes y judíos, quienes encontraron numerosas formas de colaborar, trabajar, comerciar, compartir e imaginar su vida juntos.

Aquí hay algunos ejemplos entre los que uno podría también reconstruir la motivación de crear un recuerdo mundano de este intercambio: una fotografía de personal médico árabe y judío trabajando juntos en el mismo hospital en Haifa mientras disfrutan de la compañía del otro al aire libre, o la foto de Margo, tomada en 1947 en el mar de Galilea, que la muestra remando con un amigo árabe a la izquierda y uno judío a la derecha (fig. 10-11). O al variado público en las calles de Tel Aviv durante la procesión Purim (*Adloyada*) en los 30. En una foto tomada en Ofakim el 19 de noviembre de 1947, sólo unos días antes de que el plan de partición fuera declarado, uno puede ver la abierta colaboración entre ambas poblaciones. El vecino o trabajador árabe participa en la construcción de una nueva localidad judía



Figura 13. *Gan Hawai o El Almein Café* (1940).

—Ofakim—. Otra foto desde un nuevo establecimiento judío en el Negev occidental fue clasificada en el archivo sionista como “la mañana siguiente al establecimiento de Haluza; árabes están pasando al amanecer y están sorprendidos por lo que ven: un nuevo asentamiento hecho de la noche a la mañana” (fig. 12).²¹

Asombro, repugnancia, resentimiento, resistencia y una sensación de amenaza fueron parte de un repertorio de reacciones rico en matices al asentamiento judío, aunado a emoción, interés, participación, encanto y amistad. Todos eran parte de un mundo cambiante en el que olas de inmigración relativamente largas transformaron la situación existente y crearon nuevas posibilidades. Esta amplia variedad de reacciones produjo interacciones fascinantes y esfuerzos conjun-

21. Entrada en el catálogo para Lazar Dinner, “Ofakim, a New Locality in the Negev, the Arab Neighbors Help in Building the Spot,” *KKL Archive*, 19 nov. de 1947.

tos para inventar nuevas formas de vida; elaboraron negocios y asociaciones personales, deshicieron nudos, mediaron conflictos y conciliaron desacuerdos para poder permitirle a la vida continuar. A fin de poder reconocer esta rica variedad, uno debe poner entre paréntesis la derrota de todas las otras posibilidades causadas por la creación del Estado de Israel. Hasta algunos meses antes, la gente indiferente al proyecto nacional como un proyecto de Estado –y en ese momento se contaba mucha en ambos lados– no vio peligro alguno en cooperar con sus vecinos, cuyos orígenes eran diferentes a los suyos. No sentían que la afinidad con sus propios orígenes estuviera siendo afectada o comprometida como consecuencia.

En una serie de fotografías tomada en el hospital Tiberias y preservada en la colección Torrance, uno puede ver situaciones típicas en donde ambas poblaciones comparten el mismo espacio, servicios y preocupaciones sin ser molestadas en absoluto por el precepto nacional de evitar tales encuentros.²² En una foto, el Dr. H.W. Torrance está hablando a pacientes judíos en el patio, mientras pacientes árabes esperan en la sombra. En otra instantánea tomada dentro del mismo hospital, uno puede ver a un niño árabe y a su padre con un niño judío posando para la cámara. No es, como declara el epígrafe oficial, la condición médica de los “dos casos de piedras en la vejiga”, lo que es tan obvio en la fotografía, sino la evidente confianza del niño judío una vez que se queda con el padre del niño árabe. Los retratos grupales periódicos del personal conjunto de los departamentos municipales de obras en Jaffa y Tel Aviv u otros departamentos municipales no eran nada excepcionales en aquel entonces, pues la estructura era compartida y sus roles y responsabilidades requerían trabajar en colaboración y coordinación.²³ Esto podía ser observado no solamente en sectores como las municipalidades, sino también en los privados; por ejemplo, esta foto tomada en el Gan Hawai o El café Alamein –perte-

22. Véase www.dundee.ac.uk/museum/collections/archives/torrance80.htm

23. Una colección de tales fotografías es hoy parte de un archivo creado por Dor Guez, basado en los álbumes de su abuelo.

neciente a dos socios, un árabe y un judío— a la orilla del río Yarkon (*fig. 13*). El lugar era bastante popular en los 40, y la colaboración entre los socios mostrada en la foto se reflejaba en su clientela mixta. Éstas son fotografías mundanas; difícilmente hay algo especial en ellas excepto que son muy difíciles de encontrar, no porque entonces fueran tan extrañas, sino porque han sido enrarecidas por la organización nacionalista de los archivos.

Para implementar la partición, límites y bardas tenían que separar los territorios soberanos recientemente definidos. La violencia constituyente no tendría que haber separado a las dos poblaciones, de no haber sido precedida por su coexistencia, tanto histórica como ontológica.

Antes de ese tiempo, Ammán, El Cairo, Alejandría, Damasco o Alepo no eran sitios a lo largo de las fronteras.²⁴ La línea que separa a judíos de árabes tenía que ser complementada con líneas internas de separación de cada lado. Estas líneas tenían la intención de separar a aquello que, de hecho, había estado mezclado previamente, intencional o involuntariamente.

Cuando dichas fotos de coexistencia son yuxtapuestas con otras, en donde podemos ver cómo se imponía el conflicto nacional en una variedad de formas de relaciones judío-árabes, para moldearlas en el marco de una oposición aparentemente inevitable, y forzar sobre ellas la separación como un hecho consumado, emerge otro desafío: reconstruir la objetividad de la coexistencia no sólo a partir de imágenes de la vida ordinaria en donde árabes y judíos son vistos en distintas formas de relaciones de intercambio, sino también de episodios de violencia.

A lo largo de la creación del archivo *De Palestina a Israel*, argumento que de hecho estamos invitados a reiterar la violencia constituyente que enmarcó esta división, en fotos como las

24. Después del colapso del dominio otomán, los límites de la región estaban definidos por el Acuerdo de las Fronteras Franco-Británicas (1920) y el *Memorandum Transjordano* del 16 de septiembre de 1922, durante el periodo del mandato británico.



Figura 14. Fritz Cohen, *Inmigrantes rusa y turca trabajan juntas en la fábrica manual de textil Migdal Gad* (21 de febrero de 1951). Government Press Office.

que fueron tomadas entre 1947-1950, como un hecho consumado, y que hemos sido transformados en cómplices de esta transformación. Mientras asistimos al momento mismo de la construcción de una brecha insuperable entre las personas fotografiadas –los judíos y los árabes–, podemos intervenir y tratar de hacer otras opciones disponibles de nuevo.

La violencia constituyente aquí se entiende no sólo –como sugirieron Benjamin y toda una tradición de teoría política– como la fuerza utilizada para crear e imponer un nuevo régimen político, sino también como un régimen escópico entero que lo apoya. Es precisamente a este régimen el que mi uso de la fotografía busca socavar. Cada fotografía porta rastros de la catástrofe y es susceptible de convertirse en una no catástrofe a lo ojos de la mayoría de israelíes judíos, quienes se han transformado en sujetos de este régimen. Estos

eventos fueron narrados como una serie de sucesos no problemáticos, cuasinaturales y justificados como efectos secundarios del proyecto de construcción del Estado. Como tales son bastante familiares. Ninguno de ellos sorprendería a los espectadores judío-israelíes que habían visto los restos de las aldeas árabes en las calles y en las fotografías. Los israelíes pueden verse en las páginas de aquellos álbumes fotográficos que documentan cómo fue construido el país: miembros de movimientos juveniles limpiando piedras de aldeas *abandonadas*, pioneros celebrando, *poblando la tierra*, o sólo habitantes de las ciudades mudándose a las bonitas casas árabes situadas frente a un telón de fondo de paisajes árabes, ignorando el hecho de que sus residentes palestinos habían abandonado esas casas –brutalmente expulsados o escapando por voluntad propia, no importa– semanas, a veces días o incluso horas antes. La expropiación estaba acompañada de la apropiación de notoriedad y de habilidades, como puede verse en esta foto, por ejemplo, en donde se enseña a tejer en este famoso taller de artesanías palestino en Majdal sin que nadie se perturbe por la ausencia de los expertos y trabajadores palestinos expulsados de la ciudad (fig. 14). Los judíos israelíes fueron criados para mirar estas fotografías y no ver los rastros de la catástrofe que muestran. Mientras las historias de la *Nakba* persistieron o fueron reintroducidas en el discurso público israelí, muchos reaccionaron reformulando lo que vieron o lo que no pudieron negar más como signos de lo que era una *catástrofe desde el punto de vista de ellos, de los palestinos*. Como tal, la catástrofe pudo haber sido imaginada y concebida como un episodio marginal en la historia de los judíos, una serie de eventos un tanto desagradable que había acompañado inadvertida e inevitablemente al establecimiento del Estado de Israel y que *ellos* habían llevado fuera de toda proporción.

Este archivo de violencia constituyente creó condiciones para el surgimiento de la historia potencial como un objeto de estudio y como una nueva manera de relacionarse con este tipo de violencia particular. La historia potencial nos ayuda a ver en esas imágenes de violencia –no obstante



Figura 15. *Al-Ramle* (12 de julio de 1948). Israel Defense Force and Defense Archive.

todas las paradojas involucradas— evidencia de reiteraciones interminables de un momento constitutivo que nunca puede ser completado y terminado. El marco de la historia potencial nos permite ver que esta serie de reiteraciones puede ser interrumpida solamente a través de una nueva forma de relación entre todos aquellos involucrados en la producción de la violencia –víctimas, victimarios y espectadores– y ayuda a que uno vea esta nueva forma de relaciones como una posibilidad real. Una vez que tal posibilidad sea introducida, la interminable serie de momentos se transforma en un proyecto interminable, en una necesidad de preservarlo para algunos, una obligación de descifrarlo para otros, o un derecho civil universal a ser reclamado, como sugiero.

4. UN MOMENTO DUAL DEL DEVENIR

Permítanme concluir con esta fotografía tomada en al-Ramle el 12 de julio de 1948 (*fig. 15*). La fotografía documenta un momento dual del devenir: el palestino se convierte en refugiado al mismo tiempo en que el soldado israelí se convierte en victimario, un papel que transforma a su vecino civil en un refugiado. Las niñas retratadas en esta foto y su apuro son frecuentemente expulsadas del campo fenoménico donde los israelíes buscan su pasado o su futuro. Pero esta expulsión tardía no puede expeler la catástrofe. Sus resultados están allá afuera, en nuestro paisaje, en nuestros bosques, en los campos de refugiados, en nuestras pesadillas, en nuestras esperanzas. Puede ser reconocida o negada, pero no cancelada, por lo menos no mientras los refugiados –u otros en su nombre– claman su regreso. Lo que nosotros, espectadores de estas fotos, vemos –o debemos ver– en ellas, no son sólo documentos de destrucción completa, sino también las semillas inevitables de un futuro donde esta violencia sea reconocida, para que aquéllos que estaban atados por ella, puedan escoger de nuevo de forma diferente, para reinventar la forma de atarse juntos.

El perdón, de la manera en la que aquí lo formulo, puede ser un modo posible de potenciar la violencia constituyente y de darle una nueva forma a las relaciones entre aquéllos que estuvieron atados por ella. El perdón es un acto que sucede en el presente, pero que se dirige simultáneamente hacia el pasado y el futuro. El perdón facilita un puente entre un pasado imperdonable y un futuro posible. Pero no lo logra al volver perdonable lo imperdonable. Ayuda a los victimarios a reconocer sus obras como imperdonables. Rogar por el perdón no es suficiente sin suponer una nueva forma de asociación, una que niegue explicaciones, razones y motivos en particular, una que reclame que la base universal de asociación sea revivida. En la vida después de la perpetración de un crimen, tal base solamente puede ser encontrada en el reconocimiento compartido, en el acuerdo de que el crimen es imperdonable. Únicamente ese reconocimiento

compartido puede abrir la puerta al perpetrador. A través del aprendizaje colectivo del crimen, su materialidad, los bandos pueden convertirse en compañeros en una vida sustentable. La vida con un futuro puede ser posible sólo bajo el entendimiento de que el futuro es inseparable del pasado, que no divisible, ni puede ser administrado privadamente. Inspirados en Benjamin, podríamos llamar documentos de una historia incompleta a estas fotos de violencia constituyente: “el pasado,” escribió Benjamin, “lleva consigo un índice secreto mediante el cual es referido a la redención.”²⁵

Fotografías como ésta son ignoradas frecuentemente. Las niñas en la foto, vestidas aquel día por sus madres con lindos vestidos veraniegos de flores, como si estuvieran a punto de ir a un viaje corto, no volvieron a sus hogares. Volverse un refugiado era claramente su catástrofe, pero como he dicho, convertirse en victimarios o en descendientes de victimarios era mi (nuestra) catástrofe como judíos israelíes. Mientras la historia se mantenga incompleta, cada uno de nosotros todavía puede reclamar lo que, sugiero, es un derecho: el derecho a no ser un victimario. Éste es el derecho a intervenir en la violencia constituyente en construcción durante el evento de la fotografía y demandar la transformación de la persona fotografiada no solamente en un no refugiado, igualmente gobernado, sino también en un ciudadano, con el fin de que esto me permita a mí, a nosotros, recuperar nuestra plena ciudadanía irreprochable, intacta.

25. Benjamin, “On the Concept of History”, p. 390.